

Práctica teórica en emergencia permanente: creación conceptual desde el ejercicio de la etnografía contemporánea

Eduardo Álvarez Pedrosian⁸⁶
Universidad de la República
Sistema Nacional de Investigadores (SNI-ANII)
Uruguay

La teoría desde la “inversión del platonismo”

En este artículo intentaremos abordar la cuestión del cambio conceptual y la elección de teorías a partir de la noción de creación teórica, y lo haremos desde el punto de vista del oficio de investigación en el campo de las llamadas ciencias humanas y sociales, en especial desde lo que la etnografía como metodología integral de investigación ha ido planteando, consolidándose gracias a la producción epistemológica y filosófica más en general elaborada en las décadas recientes. Como veremos más adelante, la producción de conocimiento en las ciencias humanas y sociales posee características que la distinguen de las ciencias naturales, y a partir de sus aspiraciones y propósitos desde sus comienzos ha constituido un frente de problemáticas por demás complejas para la

⁸⁶ Correo electrónico: eduardo.alvarez@comunicacion.edu.uy

Pero debemos comenzar con la propia noción de teoría que está en juego aquí. Desde nuestro punto de vista, para poder comprender los alcances y proyecciones epistemológicas que tienen la cuestión del cambio teórico y la creación conceptual, hace falta desplegar una gnosología que se posiciona más allá de la clásica metafísica de los dos mundos, afirmada desde el platonismo y retomada en diferentes formas de racionalismos y empirismos dogmáticos, y que ha constituido la imagen de la ciencia a partir de la consolidación de la misma y la posterior adopción de sus modelos por las primeras ciencias humanas y sociales, las fundacionales durante el siglo XIX y las de buena parte del XX. Inclusive posiciones rivales que han intentado superar esta suerte de esquizofrenia tan occidental entre un universo ideacional por un lado, y otro de sensaciones y percepciones por el otro, han vuelto a recalcar en tal esquema. Ciertamente, distinguir entre las ideas y las otras fuentes de conocimiento o aprehensión más en general de aquello que nos rodea, llamado mundo, universo, o más prosaicamente contexto, es de gran relevancia. La diferencia entre lo abstracto y lo concreto es fundamental para comprender cómo conocemos, para conocer cómo conocemos. Pero no se trata de dos dimensiones yuxtapuestas y excluyentes, y menos de una proyección de una sobre la otra. Esto es especialmente delicado cuando, además, se desvalorizan las prácticas, lo experimental, en pos del valor absoluto de lo que pase por las mentes de cierto tipo de sujetos. Y es que la misma distinción entre objeto y sujeto, fundante de la modernidad y la occidentalidad en tal sentido desde el racionalismo

filosofía, desde la cual se ha experimentado algo así como una constante sustracción de áreas, dimensiones y sub-campos desgajados por aproximaciones que se planteaban como sostenidas en los hechos sin más. Nuestro propósito es plantear cómo desde el ejercicio de la etnografía contemporánea se puede pensar en una nueva forma de relacionamiento entre la ciencia y la filosofía, también entre estas y el arte, que aspira a una creatividad y pluralismo beneficioso para todas las formas de pensamiento consideradas (Alvarez Pedrosian, 2011b).

cartesiano y el empirismo baconiano, si bien nos ha dado muchas posibilidades también ha derivado en aporías y en el peor de los casos en dogmatismos y simplificaciones por demás nocivas.

En tal sentido, y así parece manifestarse en variadas propuestas filosóficas tanto analíticas como continentales en el devenir del último siglo, ganamos mucho si intentamos concebir a la teoría como el producto de una práctica, con sus propias cualidades por supuesto, que la hacen diferente a otras. La práctica teórica es una práctica que se posiciona entre las otras prácticas cotidianas, mundanas, inmanentes, y que gracias a la trascendencia en tanto forma de inferencia, intenta ir más allá, articulando entre las prácticas a las mismas, en busca de síntesis y aperturas que las ponen en crisis. Una práctica entre las prácticas, que además habilita la dimensión meta potencialmente ilimitada. La práctica teórica como proceso, además genera un producto característico, la teoría, que no deja de ser parte de dicho proceso y se entiende según este (Álvarez Pedrosian, 2005).

Siguiendo la tesis principal de Sáez Rueda (2002) sobre la historia reciente y estado actual de nuestra filosofía, las tradiciones analítica y continental poseen una semejanza de estructura al mismo tiempo que un hiato ontológico. Lo compartido es este horizonte experiencial, podríamos decir, a partir de una misma génesis idealista que es tomada de base pero para ser cuestionada: en el caso analítico lo podemos ver en Frege, y en el continental en Husserl. Una “*naturalización del significado*”, y una “*mundanización del sentido*” respectivamente, han marcado las derivas de ambas tradiciones hacia un horizonte común que pone en lo “*factual*” y en el “*acontecimiento*” respectivamente la carga principal. Las ciencias humanas y sociales se encuentran inmersas en esta deriva, y poseen teorías más afines a una y otra tradición.

La "filosofía abierta del científico"

De esta forma, las relaciones entre teoría, método y técnica también pueden plantearse de forma lineal, como si se tratase de dimensiones paralelas de actuación o ejercicio de la práctica cognoscente. Esto ha sido planteado desde diversas posturas epistemológicas de variadas maneras, pero en todas ellas se acuerda en la necesidad de no caer en un instrumentalismo donde los artefactos (tanto materiales como ideacionales) determinen en sí mismos los destinos de una cosmovisión, y lo mismo a la inversa. Más que preeminencias, de aislamientos que congelen y cierren sobre sí a las configuraciones explicativas, los dispositivos procedimentales y las herramientas concretas de aplicación, estas tres dimensiones se incluyen mutuamente, en implicancias recursivas o pliegues donde se determinan unas a las otras en ambas direcciones.

Esta es una de las consecuencias de pensar las teorías entre las prácticas, con su cualidad de buscar trascender lo immanente gracias a articular, abrir y poner en crisis lo dado. Así podemos analizar, por ejemplo, la propuesta de Foucault y Deleuze (1994) de considerar la teoría como una "caja de herramientas", poniendo en juego al *matema* del cálculo diferencial (Alvarez Pedrosian, 2008), el que aparece asociado a la misma noción de pliegue y la forma de concebir al *continuum* como una entidad cavernosa en el contexto barroco con Leibniz (Deleuze, 1998). Y así también podemos considerar lo más fermental de la reflexividad como perspectiva epistemológica y gnoseológica, con sus movimientos recursivos y puesta en crisis de lo dado en busca de las condiciones y determinaciones que subyacen en cualquier situación concreta tomada como lo dado. De Descartes a Leibniz se pasa como de lo lineal a lo curvo, de lo isomorfismo a lo laberíntico. Igualmente, un requisito para la constitución del conocimiento científico parece venir dado por esta relación de derivación entre las tres dimensiones en cuestión, las que llamamos como técnicas, métodos y teorías, pero sin dejar de tener presente

que tal distinción es relativa a los otros elementos y sus relaciones. El cambio conceptual puede tener mayor intensidad en determinado estatus, pero si se logra efectivamente asentar habrá involucrado a los otros, de arriba abajo y de abajo hacia arriba (hacia las derivaciones y hacia las integraciones), asegurando lo que Latour (2001) denominará “referencia circulante” en el contexto de su análisis de la consistencia de lo objetivo gracias a una dinámica representacional analizada etnográficamente (el ejemplo del trabajo de los edafólogos en la selva amazónica).

Si bien pueden combinarse técnicas y métodos, la teoría consecuente con ello (tanto *a priori* implicada en dichas dimensiones, como la resultante del ejercicio cognoscente puesto en práctica) también será igual de ecléctica y heterogénea. Como en una función compleja que pasa por diversos dominios, la composición tendrá zonas y aspectos diferentes pero donde reflexivamente debe ajustarse el vínculo entre los conceptos, los procedimientos y el instrumental concreto si queremos obtener una consistencia que asegure el efecto de verdad perseguido por el trabajo científico, la referencialidad, más allá de que no deja de ser contextual, fáctica o acontecimental, para utilizar diversos términos según la tradición filosófica considerada. Es, si se quiere, la forma de ir y venir de lo abstracto a lo concreto, lo que en los términos del análisis de Latour mencionado se enuncia como “forma” y “sustancia” respectivamente. De allí el título de esta sección, que nos remite al racionalismo aplicado de Bachelard (1993), donde el camino de lo concreto a lo abstracto marca la dinámica de creación teórica de una ciencia que integra y supera al empirismo y al racionalismo. Pero a diferencia de una sola vía, consideramos que desde el extrañamiento etnográfico hay que trabajar en ambas direcciones (Álvarez Pedrosian, 2011b). “Las ciencias no hablan del mundo sino que más bien construyen representaciones que parecen alejarlo siempre, aunque también lo aproximan hasta un primer plano. Mis amigos quieren descubrir si la selva avanza o retrocede, y yo quiero saber cómo es posible que las ciencias sean simultáneamente

realistas y constructivistas, inmediatas e intermedias, seguras y frágiles, próximas y lejanas.” (Latour, 2001: 44-45)

De uno al otro extremo de estas cadenas de recursividades, lo que circula es la experiencia. No nos referimos a una experiencia primordial que sería el único alimento de algo así como máquina lógica de operaciones formales. Este ha sido, ciertamente, el planteo de algunas posiciones al respecto. Por el contrario, consideramos que la experiencia es indisoluble de su aprehensión, de lo contrario estaríamos volviendo al idealismo anteriormente descrito. La experiencia es ya configuración, la práctica es ya teórica, y esta es una cuestión que Kant puse en consideración y que ha marcado la forma de pensar desde entonces. Además, esto no es para nada menor, el mismo procesamiento, la propia serie de inferencias y operaciones de análisis y síntesis, elaboración de ideas de variada índole y demás, la puesta en uso concreto de tal o cual técnica, constituye una experiencia también. En los términos del empirismo de Hume, aquel que sacó de su “sueño dogmático” al filósofo que inaugura la era de la crítica, existen primeramente impresiones sensibles y luego de reflexión, las que a su vez generan nuevas impresiones y gracias a las cuales podemos pensar en la existencia de un sujeto (Deleuze, 2002: 125). Este pensamiento del sintético a priori con “categorías cambiantes” al decir de Kuhn (2002: 310), de la existencia de un “a priori histórico” en los términos de Foucault (2002), de la existencia de condiciones pero que “nunca son más generales que lo condicionado, y tienen valor por su propia singularidad histórica” según Deleuze (1987: 148), nos ubica cultural y epistemológicamente en el contexto de los dilemas modernos y contemporáneos de nuestra civilización y sus ontologías.